

ARIDEZ

"Una vía sagrada" Isa. 35:8

MADRE



Todo cristiano que busca la santidad en la vida experimenta la aridez en su alma. Para la mayoría es una experiencia desgarradora. Es una paradoja, pues el alma se confunde cuando se da cuenta de que, entre más trate, más lejos parece estar Jesús. ¡Qué extraña es una vida espiritual que lleva a un alma al fuego sólo para hacerla sentir que se congela! Es, si nos dejamos guiar por las apariencias, una contradicción. En el mundo, entre más cercanos estemos a un amigo o un ser querido, nos sentimos más seguros y libres de peligros. Entre más profundo es el amor, mayor es el brillo que se siente en la presencia del amado y así es como crecemos en el amor de Dios. Él quiere que Le amemos "en Espíritu y en Verdad" y este tipo de amor está más allá del amor humano -tan más allá como la diferencia entre el oscilar de un cerillo y el sol al medio día. El amor humano en todo su esplendor debe ser elevado a un nivel todavía mayor. El aire al pie de una montaña es más fácil de respirar, aun cuando no es tan puro como el aire en la cima. Para respirar ese aire puro nuestros cuerpos tendrían que adaptarse a la atmósfera del pico de la montaña. La paz y quietud y la vista desde esas Alturas bien valen la pena el esfuerzo requerido y el dolor sufrido al trepar. Encontraríamos, sin embargo, un fenómeno durante nuestra escalada: cierta clase de soledad. Mientras más subamos, menos compañía tendremos. Llega un momento en el que todas las cosas parecen quedar atrás y nos encontramos solos. Cuando finalmente llegamos a la cima, la soledad se ha ido porque vemos las cosas de manera diferente. Vemos a nuestros anteriores acompañantes y posesiones como lo que realmente son y sin ilusiones, decepciones o apegos. En este raro aire del Amor de Dios poseemos Sabiduría, que es la Palabra de Dios: Jesús. Vemos las cosas como Él las ve porque el aliento de Su Espíritu llena nuestras almas y las colma hasta hacerlas rebosar. Para aquellos que viven bajo el rayo de sol en el valle, nuestra vida en la punta de la montaña es insensa-

ta y solitaria, pero eso pasa sólo porque no comparten la vista. A veces bajamos de la montaña y gozamos de la luz del sol, pero pronto debemos ascender de nuevo y llenar nuestras almas con el fresco aire de Su Amor. Ésta es una imagen borrosa de la soledad del alma y el hermoso trabajo que logra. Hay momentos en la vida cuando Dios parece estar muy cerca. El sol de Su Amor ilumina brillantemente. Nuestro corazón está exultante y nuestro ser se pierde en la alegría de su Presencia. Sin embargo, en otros momentos Su Presencia se disipa como niebla matinal y nos encontramos temblando de frío. Incluso si todo el mundo nos amara y aplaudiera todo sería como si nada, pues el sol de nuestra vida -Dios- parece haberse ido y nuestra alma no puede ser consolada mas que por Él. Erramos de un lugar a otro buscándolo, tratamos de orar, meditar en Su vida, imitarlo en Sus virtudes; pero nada parece aliviar el vacío en lo profundo de nuestro ser. Nuestra vida continúa y trabajamos, comemos, dormimos, reímos y lloramos... Nada de esto llena ese vacío interior. Existe un ansia de Dios que no parece ser satisfecha por nada ni por nadie. Una oscuridad desciende y en ella no hayamos reposo ni nos renovamos. Es una oscuridad que nos mantiene aún más despiertos -incluso mirando- incluso anhelando el amanecer. Es una sed que no puede ser saciada, ya que cada gota de "agua viva" nos hace desear más. Días, meses, incluso años pueden pasar en este estado de aridez. En ocasiones las dudas de la existencia misma de Dios están rondando el alma con su abrazo helado y la noche oscura cae sobre ella y la llena de nada. Aunque nuestra pobre naturaleza humana se rebela ante este estado del alma, se da cuenta de que de algún modo se está llevando a cabo un gran trabajo. La silenciosa Mano de Dios se mueve, purificando las facultades de nuestra alma, desapegándonos de las posesiones, la gente y de nosotros mismos, elevándonos a varias alturas de oración e incrementando nuestra capacidad de amar. Esta aridez es

como un anestésico espiritual. Nubla nuestro espíritu mientras el Maestro Escultor le da forma a Su imagen. Sentimos que no estamos logrando nada. Es como si estuviésemos suspendidos, congelados entre el cielo y la tierra. No queremos nada de este mundo pero tampoco estamos listos para el aire puro de la Montaña de Dios. Esperamos, no siempre con paciencia, mientras avanzamos a través de caminos desconocidos, pensando a veces que estamos perdidos, pero siempre encontrando un nuevo camino por recorrer, una nueva cueva en la que escondernos, una tenue luz que seguir. Dios le habla a nuestro espíritu pero estamos tan ocupados buscándolo que no escuchamos Su voz. Estamos desolados y eso empeora no sólo con nosotros sino con los demás. No tenemos la humildad suficiente para darnos cuenta de que no podemos hacer nada para transformarnos en personas muy activas, realizar mejores trabajos, leer libros y distraernos del vacío que llena nuestras almas. Sin darnos cuenta, estamos alejándonos del fuego y entramos a la fría y oscura noche. Nuestros espíritus anhelan el calor de Su amor y hacemos todo lo que podemos para traer de vuelta algún consuelo del pasado. Nuestra memoria también sirve para recordar lo que solía ser hace mucho nuestra vida, convencidos de que, de alguna manera, estamos siendo castigados por alguna debilidad o fragilidad. Esto no es para afirmar que la aridez no sea causada por la tibieza, porque con frecuencia lo es, sino para examinarnos y poder encontrar la causa de ésta. No podemos atormentar nuestro espíritu con escrúpulos y dudas. Si nuestra situación de sequía nos causa dolor, incrementa nuestra sed de Dios, nos hace fuertes para la oración virtuosa y duradera, hace que cualquier otra cosa fuera de Dios sea desagradable para nosotros; entonces podemos asumir que la sequía que experimentamos viene de Dios. Él nos llama a una forma más elevada de oración y una unión más profunda con Él mismo.

Recemos por las almas que son tibias y que no extrañan

Su presencia, no imitan Sus virtudes y el tiempo de oración, si es que rezan, la pasan distraídas de acuerdo a su propio gusto y conveniencia. Pidámosle a Dios la gracia de nuestra perseverancia para no alejarnos de Su amor ni de su misericordia. Para entender mejor el poder y la belleza de la aridez espiritual, hablaremos de sus varios aspectos para comprender el fruto de este llamado a cosas más grandes.

Aridez de la mente.

"Ved en donde Él se para, detrás de nuestra pared. Mira por la ventana, atisba por el enrejado" (Cantar de los cantares 2:9)

Al principio de nuestra vida espiritual Dios inunda nuestras almas con consuelos, pero en poco tiempo, Su Amor demanda que nos elevemos sobre el nivel del sentimiento y Le adoremos "en espíritu y en verdad". Entonces comienza una especie de esconder y encontrar. Como el autor sagrado escribe, Dios se para "detrás de una pared" y, aunque no se deja ver, nos mira en ocasiones "a través de la ventana" para darnos un destello de Su hermoso rostro. A veces, también es como si hubiera un enrejado entre nuestro espíritu y Dios, Lo vemos pero todavía no lo vemos. En este estado en el que encontramos pero aún no encontramos, el alma está conforme, tiene un pequeño consuelo del pasado. Se da cuenta de Su presencia aunque esa presencia está oscurecida por las cosas de este mundo y las fragilidades de la naturaleza humana. En el pasado, las meditaciones eran una gran alegría y el alma creía que había logrado la paz interior perfecta. Estaba en control de sus pasiones y la oración era una experiencia gloriosa. Es fácil ser virtuoso en estas condiciones. Dios nos lleva con facilidad. Nuestro interior disfruta tanto del consuelo de Dios y de la dulzura de Su presencia, que es difícil pensar en un cambio permanente. La presencia de toda Bondad es como un magneto que nos atrae hacia Él, nuestras debilida-

des y pasiones no se han ido, sólo están durmiendo. Duermen mientras somos libres para andar en las esferas del amor y la paz. Este estado del alma no puede durar mucho. Se nos ha dado la gracia de participar de la naturaleza misma de Dios y para lograr vivir este don de Dios debemos ser cada vez más como Él. No podemos hacer esto si nos dejamos llevar constantemente por las emociones de la naturaleza humana. En nuestra humana vida diaria el amor descansa principalmente en un nivel de sentidos, pero puesto que Dios es Espíritu debemos comunicarnos con Él de espíritu a espíritu. Debemos estar desapegados del mundo y de nosotros, y buscarlo por Él mismo. Es por este propósito que Jesús nos dice que "cada rama que da fruto, el Padre la poda para que de más fruto" (Jn. 15, 2). Son aquellos que hacen un gran esfuerzo por ser como Jesús quienes se hunden en la oscuridad de la aridez y el conocimiento de sus imperfecciones. Así comienza la purificación de nuestras facultades -Memoria, Entendimiento y Voluntad- y el principio de nuestro ascenso a la Montaña de Santidad. La facultad que nos es de gran ayuda en las meditaciones es la memoria. Puede hacernos evocar incidentes de la vida de Jesús e imaginarlos para que la meditación sea agradable. Es fácil recordar a Jesús en la Agonía del Huerto de Los Olivos. Nos podemos imaginar de rodillas a Su costado mientras Lo consolamos en Su hora de necesidad. Podemos alegrarnos con mirarlo dulcemente en Su momento de temor y sentir también Su dolor. Nuestra memoria puede servirnos hermosamente para recordar las palabras de Jesús, Sus gestos y Su hermoso rostro; mientras meditamos. Este uso de la memoria y de la imaginación puede ser de gran ayuda para nosotros porque nos da una razón poderosa para seguirlo. Puede prender el fuego en nosotros que nos incite a anhelar Su gloria e inspirarnos a trabajar por la salvación de las almas. La memoria incentiva nuestras emociones y nuestros sentidos. La virtud y el pecado pueden hallar su lugar en ella y lle-

varnos a la santidad o a la condenación. Nuestros cinco sentidos, impulsados por la razón, pueden llevarnos a realizar heroicos actos de valor o de oscura desesperanza. Nuestra voluntad, fuerte y poderosa, puede volverse tan débil como "hojas al viento". En estado de aridez, sin embargo, Dios purifica estas tres facultades para elevarlas al nivel de Jesús. Cuando San Pablo nos pide "ponerlo todo en la mente de Cristo", nos estaba hablando de la purificación iniciada por Dios que eleva nuestras facultades a un plano espiritual. Debemos aceptar esta purificación, soportarla y perseverar con valor por todo el tiempo que Dios así lo quiera. La primera facultad que experimenta la poda del Padre es nuestra Memoria. Es como si todas las cosas buenas y santas fueran borradas de nuestras mentes. No sólo encontramos imposible la meditación, sino incluso la hayamos desagradable. Soportamos este estado por algunos días y pensamos que, como otras pruebas, ya pasará; pero cuando los días pasan a ser semanas y luego meses y, a veces, años; entonces nuestro intelecto nos dice que estamos perdiendo el tiempo. En esta etapa de purificación, los espíritus malignos, conscientes de la importancia de la aridez, nos tientan para dejar de rezar o nos torturan con el pensamiento de algún pecado pasado que ha generado la ira de Dios contra nosotros, que nos ha abandonado a nosotros miserables. Sólo la gracia de Dios nos mantiene alejados de la desesperanza. Nos da suficiente luz y valor para continuar rezando pese a la aridez de nuestro interior y pese a los ataques del demonio en el exterior. Ocurre otro fenómeno en este estado del alma: Comenzamos a tener una visión exagerada de nuestras debilidades, faltas e imperfecciones que hemos aceptado hace mucho, con las que hemos luchado. Se vuelven tan grandes que nos engullen como un enorme monstruo. Aquellos con los que vivimos o trabajamos se vuelven ofensivos e intolerables. Es como si todo el mundo estuviese determinado en destruirnos. A veces la enfermedad

también acaece sobre nosotros y también lidiamos con ella con impaciencia y temor. Estamos tan imbuidos en el dolor de la aridez y en la avalancha de pruebas, que tenemos la impresión de estar luchando solos, sin ser amados por Dios y siendo desalentados por nuestros hermanos. Es en este punto que "no hacemos el bien que queremos sino el mal que no queremos" (Rom 7:19). Lo que no vemos es la mano amorosa de Dios que nos guía y nos lleva amablemente hacia la Montaña de la Santidad. Nos sentimos tan poco santos y tan solitarios que Dios y Su reino están bastante lejos de nuestros corazones. Existe tal diferencia entre Su infinita Santidad y nuestras pobres y desalentadas almas que sólo percibimos la suciedad. Nuestro intelecto, razonamiento a nivel humano, nos dice que la santidad no es para nosotros. Obviamente es para aquellos que tienen la fortaleza necesaria para lograr grandes cosas y poseen grandes talentos y dones. Como para añadir más leña al fuego, nuestra voluntad comienza a vacilar y confunde el camino a seguir. Nuestra capacidad para lograr cualquier cosa a nivel espiritual se dificulta. Una actitud "de no hacer nada" corrompe nuestro espíritu y la tibieza trata de rodearnos con sus brazos. Es casi imposible para el alma ver como puede surgir cualquier bien de este estado de la mente, pero si el alma persevera en la oración y actos de virtud, a pesar de lo que sienta, pronto comenzará a darse cuenta de que su purificación va bien y obtendrá como recompensa la libertad de espíritu. Aunque el tiempo de oración esté plagado de distracciones, el alma calmadamente volverá a su búsqueda por el Señor tan pronto como note esas distracciones. El peligro aquí radica en que el alma busque consuelo en distracciones deliberadamente. La lectura espiritual se hace a un lado y el alma pasa el tiempo de oración leyendo libros que logran el consuelo pero que no aumentan el fervor. Acortar el tiempo de oración es un verdadero peligro, originado en el temor de "perder" el tiempo, que puede surgir en el alma. Se busca ma-

yor acción y pronto, las buenas obras que llevan al consuelo, reemplazan el tiempo de oración y el alma cae en un gran peligro. Es importante perseverar en la oración, incluso en los momentos de oración extensos, para así lograr la purificación de la aridez que supera largamente los pocos consuelos que el alma obtiene de las obras activas que la distraen. Rechazar la aridez es rechazar el crecimiento en la vida espiritual. Es el madero vertical de nuestra cruz cotidiana. Con esto no afirmo que todo el mundo sufre de aridez de la misma manera o el mismo período de tiempo. Algunas almas sufren poco este tipo de purificación y Dios puede, y con frecuencia las conduce, a una gran santidad. Jesús compara el Espíritu Santo al viento cuando le habló a Nicodemo. "No te sorprendas cuando digo que 'debes nacer de lo alto'. El viento sopla donde quiere, oyes su sonido pero no puedes decir de dónde viene o adónde va. De esa manera sucede con todos los que nacen del Espíritu" (Jn. 3:7,8). El Santificador de nuestras almas lleva a cada uno de manera distinta. No es nuestro deber cuestionar cómo o por qué. Sólo necesitamos confiar en Él, en cómo guía nuestras almas y, si la "aridez" es nuestra compañera constante, entonces esa es nuestra manera: manera de Fe, Confianza y Amor. La aridez agudiza todas las facultades. Nos fuerza a mayores grados de Esperanza cuando nuestra memoria e imaginación están embotadas. Incrementa nuestra Fe, pues debemos buscarle a Él tal cual es y creer en Su Palabra. Fortalece nuestra Voluntad al hacerla seguir Sus Mandamientos e imitar Sus virtudes. Nuestras facultades buscan al Señor como el ciervo que busca corrientes de agua y constantemente intenta encontrarlo. "¿Has visto a quien mi corazón ama? (Cantar de los cantares 3:3) El alma repite una y otra vez, todas las veces que pueda, todo su esfuerzo para encontrar lo que siente que ha perdido. Como el alma no es consciente de la sangre que fluye en su cuerpo dándole vida, tampoco es consciente de la gracia que va creciendo en ella mientras la

aridez fluye suavemente. El desapego es uno de los mayores logros de la aridez. Es muy bueno ya que nos libera de nosotros mismos y de las cosas. Comparativamente, es más fácil renunciar a las cosas cuando descubrimos los brazos amorosos de Dios alrededor de nosotros. Somos curiosamente más conscientes de nosotros mismos en estas circunstancias. Si bien disfrutamos de la alegría, es eso lo que nos llena la mente y el corazón. Tan conscientes somos de estos sentimientos dulces que la pérdida del consuelo nos produce un gran dolor. Se genera un vacío en nosotros. ¿Con qué frecuencia ese vacío no es sino la ausencia de sentimientos en vez de la ausencia de Él? Nuestra fe nos dice que Dios siempre está presente con nosotros y por gracia, Él está en nuestras almas. La aridez entonces nos obliga a vivir lo que la Fe enseña y no lo que nuestros sentimientos nos hacen desear. A menos que Dios nos otorgue el ardiente poder de la aridez para siempre, seremos influenciados por sentimientos diseñados para estimularnos pero nunca para cambiarnos. ¡Qué cierto es el pasaje del Cantar de los Cantares! "Coge a los zorros por nosotros. Los pequeños zorros que destruyen las viñas, porque nuestras viñas están en flor". (2:15) Verdaderamente el alma está lista para brotar en presencia de su Creador, pero antes, esos apegos, imperfecciones y debilidades deben ser superados. El alma debe ser libre para vivir en la presencia de su Señor todo el tiempo. Su memoria debe calmarse y debe ser controlada, su intelecto elevado en la fe pura, y su voluntad lo suficientemente fuerte para seguir los pasos del Maestro. ¡Qué Hermosa es la cruz que realiza tales cambios maravillosos en el alma! ¡Qué agradecidos debemos estar a Dios por Su paciencia, cuando luchamos contra su providencia y guía! No nos dejes confundidos mientras escalamos la Montaña de la Santidad y haznos olvidar nuestras metas, nuestros deseos y nuestras maneras. Si le pedimos santidad a Dios, debemos creer que ha oído nuestra oración y todo lo que nos sucede minuto

a minuto en nuestra existencia está diseñado por Él para lograrla. Jesús prometió que cuando el Padre nos vea dando fruto, nos podará para que podamos dar más fruto. La aridez purifica nuestros corazones. Nuestro amor, como el de Dios, debe ser puro y no debe ser egoísta. Es en este estado, en el que la aridez efectúa su mejor trabajo.

Aridez del corazón.

Aunque nuestras mentes encuentren dificultad para rezar o para concentrarse en cosas espirituales durante la aridez, ésta es soportable cuando conocemos algo del amor de Dios por nosotros. Nuestro esfuerzo por rezar y practicar la virtud en medio de la aridez nos asegura de alguna forma que amamos realmente a Dios y por eso soportamos esta prueba. Por esa razón nuestro conocimiento del amor de Dios por nosotros y del amor que le tenemos a Él se convierte en la cuerda más fuerte mientras subimos la Montaña de la Santidad. Pero un día, también esto nos es quitado y nuestros corazones quedan sin el menor signo de amor. La certeza especial desaparece y sentimos el frío viento de las Alturas. Sólo quedan los elementos necesarios para fortalecer y purificar nuestros corazones de toda indulgencia personal para con uno mismo y de todo amor egoísta. Se nos ofrece la oportunidad de amar a Dios por quién es sin esperar nada a cambio. Se nos da la oportunidad de amarlo cuando no tenemos dones o consuelos concretos que nos alienten a eso. Se extirpa de nosotros cualquier sentimiento de amor, y el deseo de dulzura se queda atrapado en nuestros corazones porque simplemente no tenemos respuesta. Ahora estamos solos ante la majestad de Dios y el destello de esa luz nos hace reconocer la diferencia en nosotros. Nos sentimos faltos de amor e incapaces de amar. Cuando la aridez atacó nuestras mentes, al menos quedaba un rastro de amor en nuestros corazones, pero éste ahora se ha ido y nos vemos forzados a amar sólo porque queremos

hacerlo. Estamos tan acostumbrados a amar a un nivel humano que encontramos imposible amar a Dios por Sí mismo, o como algo que va más allá de nuestras capacidades. Tendemos a amar a aquellos que apelan a nosotros, que nos hacen un servicio o que son buenos con nosotros. Los amamos de acuerdo al grado en el que realizan estos servicios. Con frecuencia decimos que una persona en particular es nuestro mejor amigo. Usualmente este amigo tiene las mismas metas, ambiciones, gustos y disgustos que nosotros. Nos hace sentir cómodos en su presencia y nos agrada estar con él. Lo que más nos gusta es el consuelo que obtenemos. Por eso, en tiempos de prueba, enfermedad o dificultad, algunos amigos se hacen a un lado o se encuentran mutuamente aburridos. Sin embargo, un amigo verdadero nos ama en toda circunstancia o prueba. De hecho, las diferencias afectan nuestra amistad porque el verdadero amor es alimentado por el sacrificio. Puesto que Dios es espíritu, invisible y completamente perfecto, nuestra relación con Él a menudo se construye con el concepto del "Tío Rico" que tiene todo para dar y nosotros estamos sólo para recibir. Que tengamos que dar algo descompone nuestra teología e incrementa nuestra responsabilidad. Cualquier amistad no basada en una mutua entrega no durará. El amor egoísta no puede existir entre amigos por mucho tiempo y si ese amor es la base de nuestra relación con Dios, entonces ésta es un desastre. Sin embargo, amar a un nivel egoísta resulta básico para nuestra naturaleza. Tendemos a amarle al mismo nivel que amamos a nuestro prójimo: Por lo que puede o quiere darnos. La aridez del corazón — esa purificante cruz - limpia nuestro amor de todo egoísmo y lo eleva al nivel del amor desinteresado. Comenzamos a amar libremente -porque queremos- porque Dios es todo amable. El cambio propio de nuestro tiempo de oración con Dios, por esta incapacidad de "sentir" cualquier amor en nuestros corazones nos eleva al nivel del Mandamiento Nuevo. A este nivel de

oración, oramos y amamos a Dios sólo por Él y no por los dones o consuelos que nos dé. Esta nueva actitud y grado de amor se extiende a nuestros semejantes y comenzamos a amarlos del mismo modo que Dios nos ama: desinteresadamente. Sólo mediante el dolor de la aridez -donde nosotros disminuimos y Él crece- podemos comenzar a amar a Dios del modo que Él desea que amemos. Cuando oramos lo hacemos con la capacidad de nuestra voluntad pues nuestra pobre naturaleza humana no recibe compensación por sus esfuerzos. La Fe nos dice que Dios está presente cuando oramos y la Esperanza nos dice que Él escucha, pero sólo el Amor nos hace continuar orando cuando la oscuridad, aburrimiento e incluso el disgusto llenan nuestras almas hasta el tope. Sólo un verdadero amor nos preservará en la oración a pesar de la oscuridad y la confusión. ¿Tiene Dios que tratarnos así? Sí, porque quiere que Le amemos y que seamos santos como Él es santo. A través de Su gracia, Su presencia y Su amor en nuestras almas, clama para que Le amemos tal y como es, para que estemos tan afinados con su Espíritu que al menor susurro de Su voz, nuestros corazones ardan en amor. Para la naturaleza humana esto es difícil de entender. El amor humano está asociado a sentimientos como la benevolencia, la confianza, el amor filial o paterno, el amor nacido de la amistad y el amor que le hace a un hombre desear vivir con una mujer en el matrimonio. Todas estas clases de amor están conectadas de distintas formas a los sentimientos y por eso es natural para nosotros pensar que nuestro amor a Dios debe estar en el mismo nivel. Esta convicción es fortalecida por el hecho de que, cuando recién encontramos a Dios, experimentamos una serie de sentimientos intensos. Nuestros corazones cantan alabanzas a Dios con gran entusiasmo. Cubrimos el dolor con alegría y si la mala suerte nos venció, la aceptamos con un desapego que nunca habíamos experimentado antes. Cuando Dios empezó a podar aquello que era tan bueno al

principio, era natural pensar que los consuelos continuarían. Esperábamos trabajar y donarnos más, pero el fuego de Su amor, dulcísimo para nuestro gusto, nunca nos dejará. Saber que su Presencia nunca nos deja acrecienta la cruz de la aridez porque pensamos que debe sentirse. Somos lentos para entender que Dios quiere que experimentemos su ausencia y su Presencia mediante la fe. Su presencia en nuestros corazones incrementa nuestra capacidad de amar. Su gracia, dada gratis e independientemente de nuestras buenas acciones, aumenta nuestro grado de amor y nos permite retornar amor por amor. Su amor en nosotros -ya que estamos vacíos- se convierte en nuestro amor por Él. Comenzamos a amarlo con el amor del Espíritu que siempre ha morado en nuestros corazones. A través de la purificación de la aridez del corazón, el Espíritu Santo se vuelve el más grande amor en nuestras almas. Comenzamos a amar a Dios con nuestra voluntad. Escogemos amarlo, pasar más tiempo con Él, lo preferimos a nosotros mismos. Es una dura lección que debemos aprender. Dios guía nuestros corazones lentamente hacia Él y nos libera de todos nuestros apegos que no nos dejan entregarnos totalmente a Su amor. La aridez se lleva el amor errado de nuestros corazones, los deja vacíos y listos para el influjo de la gracia -una mayor participación de la Naturaleza Divina: un amor más puro, sin alteraciones- un amor que es Dios mismo. Como todas las operaciones, ésta es extremadamente dolorosa porque golpea la fuente de todos los "sentimientos", consuelos, y el sentido de bienestar que llamamos felicidad. Corta profundamente nuestro amor egoísta y lo extirpa rudamente. Es sólo cuando miramos al Padre con el corazón angustiado, que el Espíritu de Amor acepta las cenizas del amor humano y empieza Su trabajo de transformación. Es tiempo para que Jesús dé fruto en nuestras almas.

La aridez lleva al desapego.

Tal vez uno de los primeros frutos que el Espíritu produce en nuestras almas mediante la purificación obrada por la aridez es el desapego. La gente y las cosas a las que estamos apegados son las cosas que amamos egoístamente. Encontramos en ellas comodidad y consuelo. En la misma proporción en que nuestra alma depende de estos sentimientos, nos apegamos a ellas. Los apegos a las experiencias espirituales tienden a la glotonería espiritual. Buscamos consuelo, nos desconsolamos sin él, celosos de los que lo poseen, y nunca estamos satisfechos con el plan de Dios en nuestras vidas. Demandamos consuelo de Dios o nos lo brindamos nosotros mismos. Fruto de ello es la repugnancia por el sufrimiento en cualquiera de sus formas. Escapamos de la podadora mano del Padre y al hacerlo privamos a nuestras almas de los consuelos en las alturas de la oración. No estamos dispuestos a renunciar a la dulzura de ser conscientes de la Presencia de Dios para el crecimiento de la Fe en nuestras vidas. Esta aridez indeseada y despreciada por el alma saca a flote la virtud que no tenemos el coraje de ejercitar, el desapego. Tiene el poder de desnudarnos de las cosas que deseamos y apreciamos más que nada: Los sentimientos. Al desnudarnos de los sentimientos, la aridez deja abiertas nuestras almas para pensar con claridad y objetividad, con una preocupación desinteresada por los otros. Si somos pacientes con nuestra aridez, podremos ver claramente cómo se separan nuestros sentimientos personales de la oración y de los distintos incidentes de nuestra vida cotidiana. La demanda constante sobre nosotros nos habitúa a vivir sin ser egoístas. Si somos lo suficientemente fuertes para amar y entrar en comunión con Dios, sin sentimientos, podremos hacer lo mismo con el prójimo. Amaremos al prójimo con amor desinteresado. Esto significa que hacemos que sea más importante amar que ser amados. El alma se da cuenta de que, en este breve camino de la vida, tiene la oportunidad de manifestar su amor por Jesús recon-

fortándose en El, buscando fervientemente Su Gloria en vez de la propia y haciendo crecer la semilla del amor de Dios que nos fue plantada en el Bautismo. Es tiempo para consolar a Jesús a través de la unión perfecta de nuestra voluntad con la Suya: la aceptación amorosa del trabajo de su Espíritu en nuestras almas. Hay tantas cosas en la vida a las que podemos apegarnos. El mundo nos alienta a poseer la mayor cantidad de cosas posibles. El concepto de pobreza de espíritu es extraño e inaceptable para el mundo y es aborrecible para los demonios. Por eso es necesario que Dios nos coloque en una posición de desapego: Una especie de renuncia involuntaria que podará nuestras almas y las llevará a la libertad. Somos lentos para desapegarnos y cuando logramos algún desapego voluntario, comenzamos haciéndolo colocando las cosas que nos importan al final. Esas cosas nos mantienen luego pensando si las dejamos o las conservamos, incesantemente. El Espíritu de Dios nos ayuda en esta dolorosa mortificación al darnos una aridez del alma que no encuentra placer o comodidad en nada. Aún la naturaleza, hermosa y majestuosa porque procede de la poderosa Mano de Dios, nos deja fríos e incólumes. El amor por los amigos sólo hace que nos demos cuenta de los mucho que extrañamos Su Presencia. El pensamiento de pasadas experiencias espirituales, cuando éramos conscientes de Su Amor y Bondad, sólo crea un mayor vacío que nada puede llenar. Mientras más nos acercamos a las criaturas para llenar el vacío en nuestros corazones, más profundo se hace ese vacío. Como la Novia en el Cantar de los Cantares, gritamos a todos, "¿Han visto a Aquél a quien mi corazón ama?" (Cantar 3, 3) ¡Que bendición que la poda de Dios no nos permite encontrar comodidad ni consuelo en nada o nadie! Seguramente nos colgaríamos del último consuelo y estaríamos dispuestos a prorrogar nuestra escalada a la Montaña de la Santidad si encontráramos solaz en la creación. Estamos tan imbuidos en nuestras miserias que nuestras almas

se vuelven muy conscientes de sí mismas. Como el dolor corporal, cuando la mente se concentra en sí misma casi totalmente o en una parte del cuerpo, el alma se vuelve dolorosamente consciente de sí misma y de su total incapacidad para hacer algo bueno para sí. Ahora se apega al deseo de consuelo. La vista de sus limitaciones fuerza al alma a depender directamente de Dios y de su Gracia para dar fruto. Ha comenzado a darse cuenta de que, sin Él, "no puede hacer nada" (Jn 15:5). Es importante en esta etapa poseer un saludable amor propio. Si no es así, la conciencia de sus imperfecciones, debilidades y fragilidades, además de la aridez, llevarán al alma casi a la desesperación. Al decir saludable amor propio, se debe entender al amor que se tiene por uno mismo, en cuanto al valor del alma como única, delante de Dios. Tanto es amada el alma personal por el Padre, que dio a su único Hijo para la salvación y la felicidad eterna. Se debe entender y hacer una distinción entre quién es y qué hace. La debilidad es una culpa que puede ser cambiada y transformada por el amor de Jesús y la gracia de Su Espíritu. La realización de la dignidad del alma luego del Bautismo nunca debe colocarse debajo de las fragilidades de su naturaleza. El individuo es hijo de Dios, heredero de Su Reino y el pensamiento de la infinita misericordia de Dios debe mantener el alma elevada sobre sí misma. Si no podemos amarnos a nosotros mismos, como muestra del amor de Dios, y al mismo tiempo odiar los pecados que cometemos, no seremos capaces de relacionarnos con nuestros hermanos en el amor. Cuando encontremos al pecado odiamos al pecador y no podremos distinguir entre nuestro hermano y sus debilidades. Será difícil amarlo como Dios lo ama porque ese hermano debe estar cerca de la perfección antes de recibir nuestro amor. El mandamiento será sólo un ideal si no es realista en la manera de vivir moderna. Cuando estamos desapegados de nosotros mismos, logramos amar al hermano, es fácil. Ya no hacemos diferencias entre

aquellos que nos gustan y aquellos a los que amamos. Los motivos egoístas que nos atraían a algunos y nos hacían rechazar a otros han sido destruidos en nuestra nada. Jesús ha llenado nuestro vacío y ha sostenido nuestra aridez. Su amor en nuestros corazones nos hace amar a todos, y considera las posesiones materiales como bienes temporales.

La aridez lleva a la humildad.

Una de las lecciones más dolorosas que enseña la aridez es el espíritu de humildad. Nuestra vulnerabilidad aunada a nuestra incapacidad de orar casi puede aniquilar nuestro orgullo. Podemos rebelarnos contra este sentimiento de inadecuación, pero si lo aceptamos podemos dar un paso enorme hacia un espíritu de Humildad. La humildad que es fruto de la aridez no es auto impuesta, así el alma está protegida contra una falsa humildad en la que nos decimos a nosotros mismos que no se puede hacer nada, pero no lo cree realmente. Tampoco es fruto de la persecución o de malentendidos. Es, por lo tanto, una protección contra el resentimiento que a menudo acompaña los choques de personalidad en nuestra relación con los otros. Es un golpe desgarrador a nuestro orgullo darnos cuenta de que debemos esperar a que el Señor nos llame. A menudo leemos y releemos lo que dice Jesús acerca de que sin Él no podemos nada, pero esto raramente alcanza el nivel de la experiencia en nuestras vidas. Cuando nos arrodillamos ante Él, indefensos, secos y en confusión, comenzamos a "sentir" nuestra condición finita. Una realidad de la vida se vuelve una experiencia para nosotros -se vuelve un hecho palpable que sin Él no podemos hacer nada- ni siquiera orar. Es bueno tener un conocimiento intelectual de nuestra dependencia de Dios -entender cuán grande es y cuán pequeños somos ante Él. Pero cuando nuestros mismos huesos sienten el peso opresivo de Su Santidad sobre nosotros y somos conscientes de nuestra condición pecadora, pasamos de co-

nocer acerca de Dios, a conocer a Dios, pues lo primero es conocimientos y lo segundo, experiencia. Aunque la esencia de la aridez es la ausencia de sentimientos, con la conciencia del valor personal y todas las debilidades de la naturaleza humana fuertes y operando, experimentamos un "sentimiento" que no es de nuestro agrado. Tratamos de huir del sentimiento de la nada que nos sobrepasa, pero no podemos hacerlo. Es uno de los muchos fenómenos de la vida espiritual que la ausencia de sentimientos produce. La conciencia del alma de su condición puede hacer más por su orgullo en cinco minutos que miles de humillaciones durante toda la vida. No solo posee el alma un nuevo sentimiento de su dependencia hacia Dios, sino que su auto conocimiento ha aumentado a un grado alarmante. Cada falta es magnificada y el alma ve una debilidad dentro de ella que nunca antes había emergido a la superficie. Este auto conocimiento es la misma raíz de la Humildad y cuando el alma se ve a sí misma como realmente es y así atisba al Dios Infinito que la ama, la realidad de la gran diferencia existente entre ambos engendra Humildad, asumiendo que este conocimiento es aceptado con un profundo sentimiento de gratitud. Esta gratitud no sólo es por la iluminación recibida, sino por el amor gratuito otorgado a esa ínfima alma por el Infinito Dios. La realidad del amor personal de Dios por un pobre y débil ser humano lleva al alma a la alegría, incluso cuando el sentimiento de aridez la llena con consternación y su debilidad la satura. En lo más profundo de ella una silenciosa aceptación de sí y de Dios comienza, y un esfuerzo determinado evoluciona para llevar al alma a un amor más profundo en espíritu de sacrificio. El alma lentamente entiende lo que significa la humildad de corazón. No se siente aplastada o rota, pero está sobresaturada por un "sentir" de su condición pecadora, de su capacidad para el mal y la delgada línea que la separa de Dios cuyo "poder es más eficaz en la debilidad." (2 cor. 12, 9). Ya no es más desalentada por su tendencia al pe-

cado, se sorprende más por lo que hace que por lo que no hace, e implora la gracia de Dios para que esté a su favor. Su búsqueda por la perfección se vuelve más interior, y con el esfuerzo para vencer las faltas exteriores trata de mejorar sus motivos. Busca ser amable no sólo en la acción sino también con el corazón. Así el alma se da cuenta de que, si no fuera por la gracia de Dios, sería capaz de cometer cualquier pecado. Y por eso se hace más humilde y su actitud es más amable cuando la corrección es necesaria. La convicción interior de la capacidad de mal que tiene el alma, mientras busca la santidad, la previene de toda arrogancia que busque encontrar el mal en los otros. Sólo el alma que "siente" que es nada y mantiene sus ojos en Jesús puede empezar a trepar la montaña de la perfección. En este punto el alma no espera mucho de sí misma ya que su propio conocimiento ha aumentado. No espera mucho de Dios, tampoco, porque se da cuenta de la verdadera fuente de su poder. Así el alma aprende a armonizar su propio conocimiento y espera en Dios de quien se puede esperar todo. La aridez se convierte nuevamente en el punto de equilibrio de emociones encontradas: profundo arrepentimiento y gran amor, temor de Dios y confianza, desconfianza de uno mismo y esperanza en Su poder, temor de las propias debilidades y confianza en Su gracia. A pesar de sus fallas, dolores y sufrimientos en nuestras mentes, es el poder de la aridez lo que Dios usa para convertir a nuestros corazones en humildes. Jesús nos advirtió que fue en el corazón de los hombres que se originó el mal. Eso es lo que Dios purifica y convierte en humilde para que así la semilla del mal, dejada por el enemigo, no eche raíz.

La aridez lleva a la paciencia.

Una de las virtudes más difíciles de adquirir para la naturaleza humana es la paciencia. La paciencia es la capacidad de esperar en paz. Existen pocos que son pacientes a un nivel

natural. En nuestros tiempos modernos, el mundo nos ha condicionado a realizar nuestros deberes en tiempo récord. Compramos comida rápida y utilizamos los medios de transporte más rápidos que hay. Sin embargo nos quejamos por estar aburridos mientras llegamos adonde tenemos que llegar y nos apresuramos cuando llegamos allí para volver lo más rápido posible. Somos "víctimas" de nuestra sociedad apresurada, parte del perpetuo carrusel que siempre se mueve pero que nunca cambia de lugar. Nuestros pies corren en una máquina invisible que no nos deja avanzar mientras cambiamos, apurados, constantemente de actividad. La música fuerte y los sonidos estridentes mantienen nuestros nervios al tope y nuestras emociones a un nivel elevado. Como la voz del presentador del circo, escuchamos siempre "Apúrate, apúrate, apúrate", el mundo nos mantiene en un cierto grado de movimiento en el que no tenemos tiempo ni para pensar, rezar o lograr el equilibrio...

El Espíritu Santo no puede trabajar en medio de esta vorágine y clamor. Como Elías, cuando se dio cuenta, el Espíritu es una suave brisa que inspira en la quietud y habla suavemente en el silencio de nuestros corazones. En medio del apuro, la bulla, la impaciencia, la falta de autocontrol y el constante movimiento que nos lleva a más y más acción, todas sus inspiraciones son anuladas y su voz es acallada. Aunque nos sentimos obligados a correr, correr y correr, el Espíritu se mueve lenta y calladamente, por lo que terminamos cada vez más lejos de la única fuente de paz y tranquilidad. Como insistimos en movernos cada vez más rápido, parece que Su paz llegara cada vez más lentamente a nuestras atosigadas mentes. Nuestras almas se convierten en una especie de balde con poca agua que gira velozmente. No hay manera de llenarlo. El esfuerzo por mantener ese poco de agua en su lugar necesita que el movimiento sea cada vez más y más rápido. No hemos perdido a Dios ni nuestra religión, solo poseemos bas-

tante poco de ambos en una sociedad apurada por sobrevivir en medio de todo y no podemos detenernos el tiempo suficiente para ver lo que de verdad tenemos. Tal vez tememos que al detenernos, seremos forzados a inventariar lo que tenemos y enfrentar así la realidad: tenemos muy poca agua de vida. Cuando comenzamos a darnos cuenta de que existe un vacío en nuestras vidas que sólo Dios puede llenar, encontramos en Jesús una nueva manera de hacerlo. Somos conscientes de necesitarlo tremendamente. La alegría de encontrarlo viene acompañada del deseo de santidad. Es en este deseo por ser santos que interferimos con estos conceptos que el mundo nos ha inculcado y esperamos resultados "instantáneos". Estamos acostumbrados a correr en medio de la vida moderna y estamos tan embriagados por el deseo de santidad que encontramos razones para ser santos de manera instantánea. El mundo necesita muchas cosas y gran parte de nuestras vidas han sido desperdiciadas en lo disipado de todo, entonces la conclusión lógica a la que llegamos es que nuestra santidad no debe ser sólo diferente al pasado sino que debemos lograrla de la manera más rápida posible. Podemos arrepentirnos en un segundo, pero el cambio de nuestras vidas y la conquista de nuestras fragilidades nos tomará toda la vida. Aquí es donde la Paciencia madura y se convierte en pacífica serenidad. El trabajo de la aridez es lograr estas maravillas espirituales ya que ésta nos enseña que, si esperamos impacientemente, la aridez simplemente será insoportable. La Paciencia interior es necesaria para perseverar en nuestra búsqueda por la humildad de corazón. Si no podemos tener paciencia en nuestras almas, encontramos difícil de soportar el tiempo que ésta tome en cambiar, en llenarnos, convertirnos en personas generosas y desapegarnos de las cosas. Sin Paciencia la santidad tomará dimensiones imposibles y, como la semilla plantada en una capa delgada de tierra, nuestros deseos germinarán pero nunca crecerán ni echarán raíces. Es

necesario entonces que apreciemos la belleza de la poda de Dios en nuestras vidas espirituales. Debemos esperar y crecer durante nuestro tiempo de aridez. Crecer en Paciencia para que podamos generar otro fruto necesario: la Perseverancia.

La aridez nos ayuda a perseverar.

En los evangelios de Mateo y Marcos, Jesús nos dice que "seremos odiados por todos los hombres por su Nombre" y luego añade que debemos perseverar en nuestra búsqueda de Dios. Los actos aislados de bondad no son suficientes para ser santos. Él dijo que "el hombre que se mantiene firme hasta el final se salvará". (Mt 10:21, Mc 13:13). Las palabras "hasta el final" y "se salvará" indican un evento futuro. Ahora todos los hombres son salvados por la Preciosa Sangre de Jesús pero no todos los hombres aceptan el llamado de ser hijos de Dios. Existen aquellos que rechazan a Dios totalmente y a la hora de la muerte también rechazan su perdón. Este es el pecado que Jesús dijo no sería perdonado. Ningún pecado es más grande que la Misericordia de Dios y Dios la extiende a todos hasta su último aliento. Es nuestra alma la que rechaza a Dios porque Dios nunca rechaza al alma. El hombre no llega al estado de rechazo total con un solo pecado. El rechazo de Dios es algo que va creciendo gradualmente y se va forjando poco a poco mediante la tibieza, el egoísmo, los resentimientos, el odio y el orgullo egocéntrico; el tipo de orgullo que no admite debilidades ni faltas y que no se arrepiente de pecados pasados. Una dieta constante de estas cosas y de grandes faltas llevan al alma a alejarse cada vez más de Dios de quien recibimos todas las cosas buenas. Para rechazar estas tendencias malignas necesitamos la virtud de la Perseverancia. Necesitamos una fuerte determinación que nos haga seguir en la lucha sin importar los obstáculos y las fallas que podamos enfrentar. La aridez del alma nos hace fuertes en la Perseverancia porque nos obliga a ejercitar esta virtud si queremos

continuar con nuestra vida de oración. La Perseverancia coloca nuestro amor, nuestra virtud y nuestras buenas obras en un nivel "de voluntad" distinto al nivel emocional en el que usualmente vivimos. La mayoría de nosotros carecemos de resoluciones porque no sentimos el entusiasmo de los cristianos que han renacido, aquellos que acaban de recibir la Buena Nueva. Pero, a menos que el mensaje del Evangelio se mantenga siempre fresco, bueno y nuevo en nuestras almas, nuestra Perseverancia será vivida a corto plazo, nuestra conversión no será sincera y nuestras resoluciones serán débiles. Sabemos que es difícil continuar en una línea de acción que el mundo no aprueba, o vivir en una realidad invisible que se opone a la avaricia y permisividad del mismo. San Pablo se dio cuenta de lo importante que era mantenerse y perseverar en las buenas resoluciones. Repetidamente alienta a los cristianos a seguir haciendo el bien y a orar mucho a pesar de las persecuciones. No podían quedarse en el hecho de haber oído y aceptado la Buena Nueva. Trataba de darles a los judíos razones para perseverar y por eso les dijo: "Ustedes y yo no somos la clase de gente que se retira y que está perdida por él (el sufrimiento), somos la clase de gente que se mantiene fiel hasta que nuestras almas sean salvadas" (Hb 10:39) . Cuando Pablo le dijo a los romanos que estén atentos y que recuerden su glorioso destino, les recordó que "Debemos esperar ser salvados porque aún no lo estamos. Es algo que debemos esperar con paciencia" (Rom. 8:25). Cuando los veía desalentados, les dijo que el Espíritu los ayudaría en su debilidad. Fue entonces que Pablo hizo la más Hermosa descripción del valor de la aridez en la oración: "Cuando no podamos poner en orden las palabras para orar adecuadamente, el Espíritu mismo expresará nuestra súplica de un modo que nunca hemos puesto en palabras" (Rom. 8:26). Pablo se dio cuenta de las experiencias pasadas con los hombres del mundo y experimentó profundamente su propia debilidad para perseverar en

la oración y en las buenas obras, tanto de él como de los hombres, de perseverar hasta el final de la vida. Pablo nos aseguró que si mantenemos nuestra oración sin importar cuán difícil o cuán áridos estemos, "Dios que lo sabe todo en nuestros corazones, conoce perfectamente lo que quiere decir el Espíritu y las plegarias de los santos serán expresadas a través del Espíritu de acuerdo a la mente de Dios". (Rom. 8:27). Sí, si perseveramos y recordamos con San Pedro que debemos estar "calmados y vigilantes, porque el enemigo, como león rugiente, anda buscando a quien devorar" (Pd. 5:8), y si recordamos con Pablo que Dios convierte todas las cosas en buenas para aquellos que Lo aman, entonces debemos mantenernos firmes hasta el final. (Rom. 8:28). La aridez es una gran ayuda hacia el fortalecimiento de nuestra voluntad, determinación y esfuerzo hacia la santidad de vida. Es el instrumento purificante de la Mano de Dios que parece fría, oscura y dolorosa pero que en realidad es cálida, brillante y sana nuestros espíritus imperfectos.

La aridez nos prepara para grados mas altos de oración.

En las vidas de los santos podemos leer sobre varios grados de oración que irradian de distintas maneras. Algunos oraban contemplativamente a la edad de siete años y otros se convertían a los 47. Algunos estaban tan inmersos en Dios que llegaron hasta el tercer cielo como San Pablo. Hubo otros que parecían no tener ningún grado extraordinario de oración pero que tenían una profunda vida interior con Dios. Dios ha glorificado a todos sus santos con una variedad de espiritualidades que le dan Gloria y alabanza. Dios usa a los débiles y en ocasiones a la basura del mundo para mostrar Su omnipotencia. Su infinita Misericordia se extiende y manifiesta Sus atributos en las vidas de Sus santos. Cada santo mostró algún atributo del Padre o alguna faceta de la vida de Jesús o el po-

der del Espíritu Santo. Aunque existe una gran variedad de formas de santidad, encontramos algunos denominadores comunes entre los santos. Todos amaron mucho y para poder hacerlo se vaciaron de sí mismos. Todos eran humildes y sufrieron, mucho o poco de acuerdo a su misión y testimonio. Y todos, la mayoría, rezaban fervientemente. Es interesante observar que todos sufrieron la aridez y la desolación del espíritu mientras avanzaban en la vida de oración. También hay que destacar que esta aridez era una especie de "elevación" de un grado de oración a otro. Era como ingresar a un elevador oscuro periódicamente para subir de un piso a otro. Mientras estos santos hombres y mujeres eran purificados de todo egoísmo y amaban a Dios más y más por sí mismo, avanzaban por el oscuro túnel de la aridez como preparación para nuevas alturas de oración. Si vemos los distintos grados de oración a la luz del Primer Mandamiento, encontraremos que estos son, básicamente, cuatro: la oración de fortaleza, la oración de corazón, la oración de la mente y la oración del alma. Si bien el Espíritu Santo sopla donde quiere y no sigue ningún patrón, es claro que la mayoría de nosotros parece seguir un modo particular. No es tanto la Voluntad del Señor sino nuestra falta de cooperación con Su gracia lo que nos coloca en lo que con frecuencia es extenso y tedioso. Si bien también, es bueno para la humildad reconocer que no somos lo que deberíamos ser, es reconfortante saber que Dios toma nuestros errores y nuestras dudas para convertirlas en cosas buenas para Su gloria.

Oración de fortaleza.

La mayoría de personas comienza el contacto con Dios en este nivel. En la oración de fortaleza el pecador se arrepiente y acepta el perdón de Dios. Hace el esfuerzo para vencer su debilidad y pasa su tiempo de oración pidiéndole a Dios valor y fortaleza para superar sus faltas. La persona se vuelve cons-

ciente de su necesidad de Dios y, aunque no está convencido de su total necesidad, tiene la convicción de su dependencia de Dios para evitar el pecado. En este nivel, el alma busca la protección de Dios y le pide su cuidado providencial en cada faceta de su vida diaria. Es fiel con las oraciones de la mañana y de la noche, va a Misa los domingos y es fiel a los Mandamientos de Dios y de la Iglesia. Es un "buen" cristiano, pero de alguna manera Dios no es parte de su vida totalmente. Dios será siempre el Creador y él será siempre la criatura. Esta persona afirma que Dios está en algún lugar "allá arriba" y mira al cielo mientras lo señala. La relación entre Dios y el que reza así es servil e infantil. Su reverencia por la Majestad de Dios es grande y, aunque reza el Padre Nuestro, la palabra "Padre" no se usa en su real significado, sino que sólo es un término que indica que la oración está dirigida al Padre de Jesús que es Dios y Señor. El alma está en una relación con Dios que no basta y aún no se da cuenta de su Divina filiación. La realidad de ser hijo adoptivo no es consistente en el alma en estos momentos. Está demasiado ocupada viviendo y homenajearlo a su Creador que no puede pensar en que su relación es más de amor y más personal. El Padre, que ve la sinceridad del alma y que desea una relación más profunda, comienza a podar para producir más frutos tal como Jesús nos lo prometió. Nos dijo "cada rama que da fruto Él la poda para que dé más fruto". (Jn. 15:2). Es ahora cuando la aridez inicia su trabajo. El Padre genera un vacío en el alma. Hay un hoyo que molesta al alma día y noche. El alma busca satisfacerse con trabajo, placer y amigos, pero el vacío sigue creciendo y el gran agujero negro nos lleva al miedo y a la desilusión. Trata de rezar y encuentra que las oraciones verbales que antes le daban tanto confort la dejan seca y sin chance de ser ayudada. Se vuelve desesperada y clama a Dios por amor y confort. No está interesada en pedir cosas, busca a Dios como un niño necesitado -como uno que ha vagado por el mun-

do buscando ese confort que no encuentra- como uno que se da cuenta que la única persona que puede llenar ese vacío es Dios. El alma busca la realidad invisible como lo único que puede satisfacer sus deseos. Nuevamente la aridez hace su trabajo bien al no otorgar prontamente una respuesta. A veces parece que mientras más el alma busque alcanzar a Dios, más se alejara Él de ella. Existe una especie de batalla entre el alma y Dios. Como Jacob cuando luchaba contra el ángel, el alma ruega, pide y tenazmente suplica que la ayuden. Es en realidad el primer encuentro con el Todo Santo Dios aunque su Santidad se mantiene aún escondida. El alma, al darse cuenta de que no hay felicidad alguna fuera de Dios, desea ser poseída por su Santo Señor, no porque merezca algo sino porque está sumamente necesitada. Este estado de lucha interior puede durar días o años, pero una cosa es segura, el alma empieza a conocer a su Dios mejor que antes. Se da cuenta de que Dios la ama, que la amó primero cuando era pecadora. Aquí es donde el hombre aprende el desapego y empieza a deshacerse de todas las cosas que le impiden entregarse a Dios. No solo está arrepentido de sus pecados sino que se aleja de las ocasiones y de las personas que lo pueden llevar a pecar. Desea terminar con aquellos placeres que le hacen la vida más fácil. Entonces Dios inicia a manifestarse de distintos modos. La paz de la mente y la alegría del corazón ingresan en el alma y muchas virtudes comienzan a ejercitarse. Los frutos del Espíritu, mencionados en el capítulo 5 de la epístola a los Gálatas, empiezan a echar raíces. Esto puede durar un corto o largo tiempo, pero de hecho la aridez ha hecho su trabajo y el alma ingresa a la oración del corazón.

Oración del corazón.

El periodo de aridez le ha dado al alma el anhelo de Dios. No Lo usa más como Proveedor, uno que satisface sus necesidades. Ahora el alma siente en dos niveles el Amor de Dios:

intelectual y emocional. Está muy consciente de la necesidad de amar a Dios y de manifestar ese amor dando los frutos del Espíritu. El recuerdo de pecados pasados permite anhelar grandemente un mayor amor. El amor que ahora posee el alma está siendo lentamente purificado. Su actitud se vuelve más positiva y busca compartir con otros su buena fortuna. El alma está sorprendida de darse cuenta, de pronto, que Dios está tan cerca y que es tan bueno. Es una revelación real para entender una verdad que siempre ha conocido y en la que ha creído pero que nunca ha experimentado. Todo toma una nueva dimensión. La naturaleza no está formada sólo por árboles, montañas, colinas, insectos y animales, es una manifestación del poder de Dios, la Belleza de Dios y Su Bondad. Hay en toda la creación de Dios una relación personal con el alma. Es como si todo lo creado estuviese ahí para ella. Las personas también cobran nueva vida. Ya no son sólo compañeros de viaje, son hermanos que comparten el mismo Padre. Hay una conciencia de Su Espíritu en cada alma en la oración del corazón que le permite llegar al prójimo, no ser amado sino amar. Jesús es alguien muy personal para quienes están en este estado de oración. En la oración de fortaleza, Dios era un nombre usado para el Creador, la redención de Jesús era un evento histórico del pasado; y el Espíritu, que vino en Pentecostés, guió a la Iglesia de manera general y todo esto sumó en el alma para armar el concepto de Dios. Ahora, Dios es Padre, Jesús es Salvador y el Espíritu Santo es el Santificador. Aunque el alma tiene mucho que aprender de la Trinidad, ahora posee un nuevo concepto de Dios que es amoroso, que es personal. Al darse cuenta de que Dios es su Padre y que la perdona, que Jesús es Su Señor y que le ama y que el Espíritu derrama su amor en su corazón para hacerlo hijo de Dios; llena el alma de una exhuberancia que nunca antes experimentó. La alegría también permite que hasta el día más pesado sea un día de gloria. Las tareas difíciles se vuelven fáciles y el alma está dis-

puesta a compartir Su Señor con el amigo y el hermano... El amor de Dios es una profunda realidad para el alma y este pensamiento la guía a través de las muchas pruebas que debe pasar con espíritu de desapego. Aunque esta etapa le da al alma un verdadero sentimiento de amor, hay veces en las que éste se va, pero no porque experimente la aridez, ya que su alma está en paz, a sabiendas de que el Amor de Dios la sostiene. La virtud de la Esperanza empieza a brotar y a dar fruto, por las promesas de Jesús, Él se vuelve alguien personal y alguien a quien esperar. El alma posee suficiente auto conocimiento para mantener esta presunción y suficiente experiencia de la Misericordia de Dios para mantenerse alejada de la desesperanza. El alma comienza a olvidarse de sí misma y tiene ahora un sentido de misión. No es más un animalito en el mar, como las otras tantas millones de criaturas de Dios, sino que es un hijo destinado al Reino de Dios. En esta oración del corazón, el alma tiene un conocimiento más profundo del Reino de Dios y del reino del mal. Se vuelve más consciente de la tentación y de las peligrosas ocasiones de pecado. También puede apreciar el trabajo de Dios en su vida, Su Amor y Providencia guiando cada evento hacia algún fructuoso final. Hay en su vida conciencia de la invisible realidad de algo real en lo que se puede vivir, así como si fuera el mundo visible. De alguna manera, ambos mundos comienzan a armonizarse. El alma entiende lo que Pablo quería decir cuando afirmó que "Desde que Dios creó al mundo, Su Poder eterno y Divinidad, invisibles, han estado para que la mente pueda verlas en las cosas que Él ha hecho" (Rom. 1:20). Cuando el alma busca a Dios, como lo hace en este tipo de oración, lo encuentra Dios en todo lugar y le responde con gran amor. Todo le permite al alma "elevarse" porque la creación de Dios se convierte en un regalo personal de Dios al alma. Incluso la Redención es personal, y con Pablo, el alma grita "vivo en la fe, la fe en el Hijo de Dios que me amó y que se sacrificó por mi bien" (Gal.

2:20). Allí se desarrolla una relación muy personal entre el alma y Dios. El Evangelio es la "Buena Noticia" de modo personal y la lectura de la Palabra es un placer. El alma comienza a alimentarse con comida espiritual y el amor en las profundidades del hombre hace el desear más y más retornarle ese amor a Su Señor. Se da un intercambio de Amor en esta fase, con el alma buscando como sacrificarse por el bien del Amor. Entonces, en un momento en que el alma menos lo espera, la aridez la cobra nuevamente con su manto. Un profundo sentimiento de pérdida inunda el alma, haciendo que el alma empiece a buscar a Dios de otro modo, obligando a un nuevo modo de oración: La oración de la mente.

Oración de la mente.

Mientras el alma avanza en su vida espiritual, la aridez aparece necesaria para elevarla a otros grados de oración y se vuelve dolorosa. Esto es verdad porque, así como mientras más amamos a alguien, más nos duele cuando esta persona se va. En la oración del corazón el alma empezó a experimentar la presencia de Dios, pero ahora Dios parece estar ausente del alma. El alma siente una agonía que no se puede comparar a nada que haya experimentado antes. Trata de meditar y no puede, realiza más trabajos exteriores y encuentra mayor vacío. Da de sus posesiones, pensando que mientras menos tenga de posesiones mundanas, más tendrá de Dios. Sin embargo, nada le da al alma confort alguno o consuelo. Es entonces cuando, en la oscuridad del yo interior, el alma es libre de ver la luz que nunca ha visto. En las fases anteriores de oración, el alma vio claramente que debe alejarse del pecado y ser cada vez más humilde y desapegada, pero la mayor parte de su actividad espiritual se daba fuera de sí. La luz en la que ahora vive le muestra su yo interior. Puede ver claramente que no sólo debe alejarse del pecado sino que debe liberar su memoria de todo resentimiento, arrepentimiento, culpa y debili-

dad. Entiende la importancia de controlar la facultad de imaginación para poseer aquella "pureza de corazón que le permitirá ver a Dios". El alma ahora practica la Esperanza en un grado más alto para confiar en el pasado y futuro de la Misericordia y Providencia de Dios. La aridez le muestra al alma que su Fe es débil. La fe le asegura que Dios está siempre presente y que no puede estar ausente a menos que el alma Lo rechace. Incluso si así fuera, es Dios quien sigue al alma y la guía en su arrepentimiento. El alma ahora es llevada a vivir en el nivel de la Fe y ya no en el nivel emocional de tiempos pasados. Comienza a buscar a Dios "en espíritu y verdad" (Jn. 4:24). La humildad que empieza a adquirir crece, y ahora el alma se compara con Dios y no con su prójimo. Ya no ve la paja en el ojo ajeno, sólo la viga en el propio. Llega a Dios con la pura Fe y con frecuencia lleva a la mente la Presencia de Dios dentro de ella y alrededor. Aunque hay poco consuelo en su esfuerzo espiritual, el alma se vuelve lentamente más y más consciente de la Divina Presencia. Esta presencia lo abraza todo en esta conciencia de la presencia de Dios como parte de la vida del alma. El alma ya no depende de los consuelos que iban y venían. Se vuelve fuerte en la verdad de Su Revelación mediante la facultad del entendimiento por medio de la cual razona y decide. La facultad del entendimiento que previamente le originó muchas dudas al alma, se eleva sobre sí misma gracias al poder de la aridez. Ahora ve a Dios mediante la visión de Fe. Se vuelve más humilde mientras se da cuenta de que sus limitaciones son vastas a nivel espiritual. Adquiere una dependencia de niño con Jesús y le pide ayuda, dándose cuenta de que Jesús es el puente que mantiene el acceso del alma al Padre. La facultad de la Voluntad es fortalecida en esta etapa en un mayor grado. Para mantener cerca de Dios en este periodo de aridez, el alma debe ejercitar su fuerza de Voluntad y mortificar su deseo de consuelo. Debe elevarse sobre el nivel humano que desea solo satisfacción. La Voluntad se

vuelve hacia lo que no satisface el alma, se mueve contra el mundo y contra nuestras propias emociones. La Voluntad del alma es fortalecida por su continua oración sin consuelos y al ser virtuosos sin lograr sentimientos de cumplimiento. Va en contra de todo lo que la naturaleza humana dicta y, por gracia del Espíritu Santo, determina cumplir la Voluntad de Dios en vez de la propia. Cuando el alma comenzó a experimentar la aridez la aceptó como algo difícil, pero ahora empieza a entender su valor. La aridez hace algo por el alma que ésta no puede hacer por sí misma: Amar a Dios con un amor puro. Entonces, en esta fase, el alma crece en Esperanza por medio de la confianza, en Fe por medio de creer y en el Amor pues amando. El alma debe presionarse en su búsqueda de Dios y nunca debe agotarse por las dificultades en su camino a Casa. Comienza a entender las maneras de Dios y comprende, de un modo que nunca experimentó antes, que la Sabiduría de Dios no es la del hombre.

La aridez lleva a la oración incesante.

En las profundidades del alma humana, hay un anhelo de Dios que nunca será satisfecho en esta vida. Eso sucede porque este anhelo por Jesús nos ha ordenado "orar sin cesar" (Lc 18:1) Anhelamos unirnos a Dios, vivir en Su compañía, hablarle como un amigo le habla a otro. Queremos pensar como Él piensa y amar como Él ama. Estos deseos y anhelos, que están siempre al costado de nuestra naturaleza pecadora, generan contradicciones, dilemas y ansiedades demasiado complejas para que nosotros las resolvamos. Es la santidad y la corrupción viviendo juntas, cada una halando en su dirección para llevar al alma por sus respectivos caminos. Pasamos mucho tiempo pensando en un plan de acción, no como aquellos que andan siguiendo caminos del mundo. Nos sentamos y apreciamos distintas maneras de superarnos a nosotros mismos, categorizamos nuestras virtudes y defectos, leemos

vidas de santos, y entonces determinamos un plan de acción y un modo de vida que nos transformará a imagen de Jesús. Todo esto es bueno y admirable, pero pronto nos damos cuenta de que un periodo de aridez invade nuestros planes y nos guía por un camino que no hubiéramos escogido para nosotros. De repente ver nuestras virtudes parece inútil, ya que la aridez nos ha enseñado que no podemos hacer por nosotros mismos. Nuestras debilidades parecen multiplicarse y las vidas de los santos, tan edificantes en el pasado, nos hacen creer que somos como hormigas mirando a gigantes. Nuestros mejores planes han venido a menos y vemos a Dios con una mente oscurecida y el corazón vacío. En este período, sólo una cosa se levanta sobre todas las demás en nuestra vida y esa es la sed acuciante de Dios. Es dulce y amarga a la vez. Es dulce porque el pensamiento de Dios nos llena de amor, y es amarga porque mientras más amamos más sedientos y más vacíos nos sentimos. Es una dulce contradicción y un feliz dilema. Este estado es, contradictoriamente, dulce y amargo, pacífico y confuso, feliz y triste, tranquilo y anhelante, calmado y doloroso. Es el estado del peregrino que va contento en el complicado viaje porque puede ver anticipadamente el fin del mismo. Sin darnos cuenta, comenzamos a rezar sin cesar. La sed de Dios y el vacío del corazón nos llevan lentamente a buscar a Dios en todo momento. Esta búsqueda pone el alma en un estado de oración que no coloca tiempos límites. Dado que la aridez es constante, el esfuerzo por aliviarla debe ser constante también, así como el esfuerzo perseverante que prepara al alma para la oración sin cesar. El desapego, la humildad, la sed de Dios y la gran determinación le permiten al alma confiar de modo que llega a un estado de oración que es constante y ya no es más intermitente. Debemos darnos cuenta de que sólo una cosa es necesaria: La compañía de Dios que es reverente, plenificadora, profunda y portadora de un amor ardiente, que se plasma en todo momento con Su

cercanía, Su acción en nuestras vidas, Su Misericordia en nuestras almas, Su ternura en nuestras penas, Su fuerza en nuestro dolor. La aridez disipa nuestras mentes enmarañadas y limpia las superficialidades que nos tienen en la nada. Somos libres ahora de entrar en las entrañas ilimitadas de Su Amor, que siempre están para ser vividas de un nuevo modo. Esta búsqueda, anhelo, posesión y luego aparente pérdida de Su Presencia, nos mantiene en el camino hacia Él en una pacífica actitud de oración. Es aquí donde nos damos cuenta de que necesitamos y podemos rezar continuamente. En todas las otras etapas en que la aridez nos hizo confiar, aprendimos distintas formas de oración. Le pedimos Misericordia a Dios, meditamos en Su vida, lo vimos en una actitud de silencioso Amor, y dijimos muchas oraciones cortas que eran dardos de amor para recordarle nuestro deseo de ser todos suyos. Estas muchas formas de oración se vuelven un hábito y, junto con la libertad que la aridez lleva al alma, encontramos que podemos usar una y luego otra con total libertad. Estamos desapegados a las formas de oración, libres de Espíritu, libres para rezar con palabras o sin ellas, listos para ver silenciosamente o para proclamar alegremente nuestro amor por Él, listos para el consuelo o desconsuelo, listos para la enfermedad o la salud, listos para ver a Jesús en nuestro hermano, listos para hacer Su voluntad y preferirlo a Él antes que a nada. Finalmente caemos en la cuenta de que las oraciones son sólo un medio -un medio necesario- para la oración continua. La oración en sí misma es la compañía constante de Dios como Padre, Salvador y Señor; una conciencia ininterrumpida de Su Presencia. Conscientemente pensamos o hablamos de Él, e inconscientemente lo hacemos cuando todos nuestros actos muestran nuestro amor por Él. La oración incesante nos hace amar a Dios tanto que cuando no estamos hablando de Él, pues hablamos de Él y cuando no podemos hacer ni una cosa ni la otra, nuestro corazón descansa en la conciencia de Su pre-

sencia, haciendo lo que sea que hagamos por Él. Jesús nos dijo que no todo el que dijera "Señor, Señor" entrará en Su Reino. Comenzamos a entender lo que esto significa ahora que nos damos cuenta de que rezamos porque Lo amamos, pero no necesariamente Lo amamos cuando rezamos. La intensidad de nuestra vida de oración constante puede variar a medida que nuestro Amor sea profundo, nuestra Esperanza sea segura, y nuestra Fe viva. Hace falta la Fe para ver a Jesús y hablarle, necesitamos la Esperanza para hablarle a otros de Él y hace falta un gran Amor para no desear nada excepto a Él. La oración incesante se convierte en la única cosa necesaria. El alma ha olvidado sus complejidades y se envuelve en la simpleza de la Unidad con la Trinidad en paz y amor. Es verdaderamente libre.

Alabanza de la aridez.

La aridez nos hace buscar a Dios por Él mismo. Fortalece nuestra Fe, Esperanza y Amor. Purifica nuestra alma para que podamos llegar a Dios. Crea un vacío que solo Dios puede llenar. Incrementa nuestra sed de Dios. Incrementa nuestro deseo de santidad. Nos ayuda a practicar las Bienaventuranzas. Nos da una apreciación del sufrimiento y nos lleva a hacer oración sin cesar. La aridez nos lleva amablemente de la oración oral, donde aprendemos a hablar a Dios; a la Meditación, donde pensamos en Dios; a la Contemplación, donde nuestro corazón meramente Le contempla con un amor demasiado profundo para las palabras. Nos hace buscar a Dios por Él mismo. Nos desapega de nuestro egoísmo y de nuestros deseos egoístas, nos hace conscientes de nuestras limitaciones, fortalece nuestra Fe, Esperanza y Caridad. Vacía nuestra memoria de auto indulgencia, vacía nuestro entendimiento de las dudas y nuestra voluntad de tibieza, purifica nuestra alma par alcanzar a Dios, crea un vacío que sólo Dios puede llenar, nos ejercita en la paciencia, humildad y compasión; nos da un

mayor entendimiento de las diferencias entre Dios y nosotros. Es el período de transición entre los distintos grados de oración, nos hace más conscientes de la viga en el ojo propio y ya no de la paja en el ajeno, nos hace anhelar a Dios y renueva nuestra Esperanza en su Reino. Incrementa nuestra sed de Dios, vacía nuestra alma para que el Espíritu de libertad nos guíe, aumenta nuestras resoluciones para hacer la Voluntad de Dios y no la nuestra, incrementa nuestro deseo de santidad, nos ayuda a practicar las bienaventuranzas, nos permite apreciar el sufrimiento, nos hace ver la Mano amorosa del Padre guiándonos a cada paso y nos lleva a orar sin cesar. Esto no es todo lo que la aridez logra por nosotros mientras subimos, caemos y luchamos en nuestra opción por una vida santa. Tampoco los grados de oración que logramos son los únicos grados a los que la aridez lleva. Lo que está escrito aquí está escrito para iluminar nuestro camino en la oscura senda que nos libera de nosotros mismos. Nuestra jornada a Casa será menos tediosa y más llena de alegría cuando podamos ver algo de la belleza, propósito y poder a la aridez, y cómo en las manos del Padre esta ruda herramienta rasga la imagen de Jesús en nuestras almas. La aridez nos lleva amablemente de la oración oral, donde aprendemos a hablar a Dios; a la Meditación, donde pensamos en Dios; a la Contemplación, donde nuestro corazón meramente Le contempla con un amor demasiado profundo para las palabras. Nuestras mentes gradualmente empiezan a pensar como Jesús y pueden estar en paz en medio del dolor y las desavenencias. Nuestras almas buscan la serenidad que está cerca a la paz perfecta del todo Santo, y nuestra Voluntad se vuelve una con la Suya. El misterio del dolor se soluciona porque nuestro deseo es imitar a Jesús en cada faceta de su Vida sufriente. Nuestra capacidad de amar al hermano, que antes era tan complicada, ahora rebosa de amor de Dios en nuestros corazones. Comenzamos a experimentar en las profundidades de

nuestro ser un cambio tan sublime y escondido que sabemos, de seguro, que "nada nos separará del amor de Dios" (Rom. 8:35) . Nuestros pensamientos están en el Cielo, aunque nuestro servicio, generoso y fiel, se extiende a todos los hombres. Hay perdón inmediato en nuestros corazones y palabras amables en nuestros labios. La compasión por los pecadores está alimentada por la conciencia de nuestras propias debilidades y la humildad que es andar en verdad. La gracia de Dios nos da a todas estas cualidades porque Él es bueno. Junto con otras pruebas y sufrimientos, la herramienta de la aridez en Sus manos de experto artesano, descarta de nuestro interior todas las fallas profundas que no podemos ver por estar demasiado escondidas. Vayamos hacia adelante, entonces, con gran confianza, sabiendo que cuando la aridez viene por nosotros y nuestros corazones anhelan a Dios como nuestra única alegría, Él está verdaderamente presente. De hecho, está tan cerca que la brillantez de Su luz oscurece nuestra alma y el fuego de Su amor posee nuestro ser. "Oren constantemente y por todo den gracias a Dios porque esto es lo que Dios espera de ustedes" (1 Ts 5:18)

"Han mostrado su fe en la acción, han trabajado y perseverado en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo" (1 Ts. 1:3)

"Sean perseverantes en la oración y agradecidos mientras están despiertos para orar" (Col. 4:2)

"No se rindan ante las pruebas y manténganse en la oración" (Rom. 12:12)

"La oración del corazón de un hombre bueno es muy poderosa" (Stgo 5:15).

"Oren para que no sean tentados" (Lc 22:40)

"Todo pronto llegará a su fin, así que, para rezar mejor, mantengan una mente calmada y sobria" (1 Pd 4:7)

"Oren por aquellos que os persiguen" (Mt. 5:44)

"Cuando oren, vayan a su cuarto privado y cuando hayan cerrado la puerta, recen a Su Padre en secreto" (Mt. 6:6)

"Entonces Él les dijo una parábola sobre la necesidad de rezar continuamente y nunca perder el corazón" (Lc 18:1).